

# I

**ESTA HISTORIA COMIENZA** una noche de diciembre en algún lugar del bosque de Terragrís. La primera nieve de otoño se cuela en el bosque como un actor distraído saliendo a escena antes de tiempo.

¿A qué suena un copo de nieve al caer?

El viento ha dejado de soplar, las ramas han dejado de crujir; el bosque parece aguantar la respiración para tratar de averiguarlo.

Todo está en silencio.

Excepto por los ronquidos.

Me refiero a los ronquidos que salen de allí, del hueco de aquel árbol.

La culpable de perturbar la paz del bosque —y de echar a perder lo que podía haber sido una bonita descripción de la primera nevada de otoño— no es otra que... una ardilla.

La ardilla duerme plácidamente; ya se ha cuidado de enterrar nueces y bellotas en sus escondrijos favoritos para no pasar hambre durante el invierno que se aproxima.

Entonces, sucedió.

«¡Cling!»

El sonido de una campanilla.

«¡Cling, clang!»

¿Dos campanillas?

«¡Cling, clang, clong!»

A la tercera campanilla, la ardilla se despertó.

Y a la ardilla le picó la curiosidad.

Las picaduras de curiosidad son peores que las de pulga, ya

que uno no tiene dónde rascarse. Así que la ardilla se asomó por el hueco del árbol. Vio cómo caían los copos de nieve, cómo se posaban en las ramas que ya empezaban a cubrirse de blanco.

Y vio algo más. Algo muy, pero que muy extraño.

Siete copos de nieve flotaban, giraban en círculos tintineando como siete campanillas. Giraban tan deprisa que ya no eran siete copos, sino un anillo de luz blanca y brillante.

La ardilla no podía apartar la mirada. ¿Estaría soñando? La luz se hacía más y más brillante, el tintineo más y más melódioso.

Una nota equivocada aquí, otra allá...

Hasta que, al fin, las siete notas encontraron su lugar.

«¡Cling, clang, clong, clang, cling, clong, cling!»

Sonó la Melodía...

... y el tiempo se detuvo.

Todos los copos de nieve quedaron suspendidos en el aire.

¡POM... el corazón de la ardilla se quedó a medio latir.

El anillo luminoso estalló.

Estalló con una explosión silenciosa que ni siquiera agitó una brizna de hierba. Un destello blanco iluminó la noche durante un instante, fugaz como un parpadeo.

...-POM! El corazón de la ardilla retomó su latido exactamente donde lo había dejado. Los copos de nieve reanudaron su descenso como si nada hubiese sucedido.

La ardilla se frotó los ojos.

No quedaba el menor rastro del círculo luminoso. En su lugar había... alguien.

Estaba acurrucada en el suelo. Parecía una ancianita indefensa, flaca, arrugada, cubierta de harapos. Se apartó el cabello enmarañado de la cara y abrió los ojos. Eran azules y fríos, como un cielo invernal a través de un cubito de hielo.

Ella miró a su alrededor.

Ella sonrió.

Y entonces fue cuando empezó a cantar.

## II

**EN SU CASITA** de bruja, Brujarella se despertó sobresaltada.

Las brujas no tienen pesadillas; al contrario, ellas son las pesadillas de los demás.

Tampoco vayas a pensar que Brujarella se había despertado por los ronquidos de la ardilla, ni por el misterioso tintineo, ni porque hubiese oído algo de lo que estaba sucediendo en el bosque en aquel mismo instante. ¡Qué va! De hecho, si fueras tan valiente como para asomarte a los oídos de Brujarella verías que en su interior había cera para surtir de velas los candelabros de un palacio.

Y sin embargo...

En el sueño había alguien, alguien que cantaba.

Por las rendijas de las contraventanas se colaban un pedacito de noche y el olor de la nieve.

Brujarella se rascó una legaña, encendió una vela —de cera de abeja, no vayas a pensar otra cosa— y alcanzó el reloj de arena que había sobre la mesilla. ¡Ajajá! ¿Qué era aquello?

Toda la arena estaba ya en la parte inferior del reloj.

Toda la arena, excepto un granito.

Un solitario granito de arena flotaba en el *antes* en lugar de acompañar al resto de granitos hacia el *después*.

La bruja agitó el reloj, lo giró, dio unos golpecitos al cristal con la punta de la uña. Pero el grano de arena volvía a la parte superior, como si el paso del tiempo no fuese con él. Mmm... aquello olía a misterio...

Brujarella bostezó y volvió a dejar el reloj sobre la mesilla. Fuese lo que fuese, aquello podía esperar hasta mañana.



Brujarella apagó la vela de un soplido y se arrebujó bajo el edredón.

Un instante después la bruja ya había olvidado su extraño sueño y el granito de arena. Otro instante más y ya estaba roncando. En comparación, la ardilla roncadora del bosque solo era una principiante.

Sobre la mesilla los granitos del reloj de arena continuaron su viaje desde el *antes* al *después*.

Todos los granitos, excepto uno.

### III

**ASOMADA AL ORIFICIO** del árbol, nuestra amiga la ardilla escuchaba con las orejas tiasas. La viejecilla cantaba. Su voz era débil, apenas un susurro. Pero había algo especial en aquella voz, en aquella melodía. Algo que llegaba hasta lo más profundo de su corazón de ardilla y le susurraba: «Ella está cantando para ti».

La ardilla descendió por el tronco. Se acercó muy despacito hasta la anciana y dejó una nuez a su lado.

Ella alzó la mirada, vio a la ardilla y sonrió. Y de pronto su voz pareció volverse un poquito menos débil y un poquito menos áspera, y sus manos un poco menos arrugadas, y su vestido un poco menos andrajoso.

La ardilla rebuscó en el fondo de su madriguera, excavó sus escondrijos secretos y no descansó hasta desenterrar la última nuez y la última bellota que había atesorado para el invierno. Ella seguía cantando. De vez en cuando tomaba una de las nueces, la partía y dejaba que los pedazos cayeran para que se pudrieran en el suelo. Y la ardilla saltaba de felicidad: «¡Esa era mi nuez, Ella ha escogido mi nuez!».

Un par de castores que pasaban por allí se detuvieron a escuchar la canción de la anciana. Sin saber muy bien por qué, fueron corriendo hasta el río, se zambulleron en el agua helada del Riolento y dismantelaron sus presas. Con las ramas de las presas fabricaron un diván en el que Ella pudiera recostarse y cantar, cantar... «¡Cantar para mí!».

Un petirrojo cubrió el diván con musgo y hojas muertas que iba trayendo en el pico. Un cuervo aportó caparazones de escarabajos de colores. Y mientras el petirrojo y el cuervo



piaban y graznaban de felicidad, repetían una y otra vez «¡Ella canta para mí!».

Llegaron el conejo y el tejón, el zorro, el erizo y la musaraña. En las ramas, junto al cuervo y el petirrojo, había una vieja lechuza que observaba con ojos como noches sin luna. Depredadores y presas, todos juntos, escuchando. El zorro y el conejo se miraron el uno al otro y se encogieron de hombros como diciendo: «¡A mí no me preguntes, yo también estoy fli-pando!».

Ella, cantaba con los ojos cerrados, recostada en su diván como quien canta en sueños. Y su voz era tan dulce y tan melodiosa, que el sonido de arpas y violines surgían como de la nada para acompañarla.

¿Podía ser aquella la anciana cubierta de harapos que había aparecido en el bosque apenas unas horas atrás? Estaba tendida en su diván, resguardada bajo un gran arce con las ramas aún repletas de hojas rojas. Su camisón andrajoso se había transformado en un vestido de hilo de nieve y plata. Llevaba el cabello recogido con una diadema de siete estrellas. Y su cara ya no era la cara de una anciana... ¡Ay! Cómo describirla sin romper el corazón de quien lea estas líneas.

Ella abrió los ojos, que parecía ser lo único que no se había transformado durante la noche: aún eran fríos y azules como un cielo de invierno.

Ella abrió los ojos y dejó de cantar.

Lo que pasó a continuación fue... terrible. Pero debemos ser fieles a la verdad y contar la historia tal como sucedió. Y esto es lo que sucedió:

Primero, los animales se echaron a llorar. ¿Por qué ha dejado de cantar? Se preguntaban entre sollozos. ¿Qué es lo que habían hecho mal? ¿Acaso debían traer más regalos? ¡Lo que sea con tal de que volviera a cantar!

Ella se despezó como una gatita y se puso en pie. Sus pies descalzos se posaron en la nieve.

—Mi querido público —dijo Ella llevándose las manos al pecho—, no sabéis como agradezco este recibimiento. Todo lo que soy os lo debo a vosotros. Os amo, os amo a todos...

Recorrió con la mirada el grupo de animalillos embo-bados.

—Pero aún no ha llegado el momento de que el bosque sepa de mi retorno. Seguro que lo comprendéis..., seguro que comprenderéis que no puedo dejar testigos.

Y así, tras dedicarles una sonrisa, respiró profundamente y...

Volvió a cantar.

Pero esta vez la canción era diferente. Su voz trazaba espirales de notas imposibles que subían y bajaban y trinaban y volvían a subir más y más y más... Cuando ya parecía imposible que su voz pudiera volar tan alto, ¡subía más aún! Hasta que alcanzó una nota tan aguda, tan afilada, que fue como si se clavase en el corazón de todos quienes la escucharon.

El conejo y el tejón lanzaron un suspiro y cayeron al suelo patas arriba para no volver a levantarse jamás. La musaraña y el erizo quisieron echar a correr, pero antes de dar dos pasos, ¡plaf! Muertos.

El petirrojo y el cuervo cayeron de la rama como castañas maduras. En ese momento la vieja lechuza se lanzó con las alas desplegadas, atrapó entre las garras al primer animal que se cruzó en su camino —que resultó ser nuestra vieja amiga la ardilla roncadora— y se alejó volando como si la voz le quemase las plumas de la cola.

Ella no pareció darse cuenta de la huida de la lechuza; seguía cantando, manteniendo la nota como si no necesitase respirar.

El mismísimo árbol se estaba marchitando. Sus hojas rojas comenzaron a caer, derramándose como gotas de sangre, las ramas colgaban como los brazos de quien se ha cansado de vivir; y en lo que uno tarda en decir «¡ya muero!», el gran arce murió.